

Capítulo XXIX.

BENDICIONES CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA CÁTEDRA O UNA SEDE PRESIDENCIAL, DE UN AMBÓN, DE UN SAGRARIO O DE UNA SEDE PARA LA CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

978. Todas las cosas relacionadas con la celebración litúrgica, que se hallan ya en su lugar en la iglesia cuando ésta es dedicada o bendecida, se consideran ya bendecidas junto con la iglesia. Pero cuando se estrena o se renueva alguna de ellas, como la cátedra episcopal en la iglesia catedral, la sede presidencial, el ambón para la proclamación de la palabra de Dios, el lugar de la reserva del Santísimo Sacramento o sagrario o la sede para la celebración del sacramento de la penitencia puede ser una buena oportunidad para mentalizar a los fieles sobre su importancia, mediante una adecuada celebración.

979. Todos deben observar estrictamente los principios y normas que establecen los libros litúrgicos respecto a la elaboración y adecuada colocación de estas partes de la iglesia.

980. Las bendiciones que aquí se describen puede utilizarlas el sacerdote, el cual, respetando la estructura de los ritos, adaptará oportunamente la celebración a las circunstancias del lugar.

I. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA NUEVA CÁTEDRA O SEDE PRESIDENCIAL

981. La cátedra simboliza de forma eminente el magisterio que corresponde al Obispo en su Iglesia. Por esto, el rito de la inauguración de una nueva cátedra sólo puede celebrarlo el mismo Obispo diocesano, o bien, en alguna circunstancia muy especial, otro Obispo que haya recibido de él un mandato especial.

982. El lugar de presidencia o sede del sacerdote celebrante significa la función de presidir la asamblea litúrgica y de dirigir la oración del pueblo santo.

983. Aunque resulta más adecuado unir este rito a la celebración de la Misa, no hay inconveniente en que, si se da el caso, se haga junto con una celebración de la Palabra de Dios.

A. En la celebración de la Misa

984. En la Misa, después de la veneración e incensación del altar el celebrante, antes de dirigirse a la cátedra o la sede, se santigua, diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:

Amén.

985. Luego el celebrante saluda a los presentes, empleando alguna de las fórmulas que propone el Misal romano.

986. Después, con una monición adecuada, introduce a los fieles en la Misa, ilustrándolos al mismo tiempo sobre el significado del rito inicial referido a la cátedra o a la sede recién construida. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hoy se destina por primera vez esta nueva cátedra (sede) al uso litúrgico. Alabemos, queridos hermanos, a nuestro Dios y Señor, que se digna hacerse presente en sus ministros, dedicados a las funciones sagradas, para enseñar, dirigir y santificar a los fieles, y pidámosle que haga cada vez más dignos a los que ejercen tan santo ministerio.

Oración de bendición

987. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Alabamos tu Nombre, Señor, unidos en una sola voz, y te suplicamos humildemente a ti, que viniste como buen Pastor para reunir en un solo redil a tu rebaño disperso, por medio de aquellos que tú has elegido como cooperadores en la propagación de la verdad. Apacienta a tus fieles y llévalos por el camino de la santidad, y así, pastores y ovejas podrán un día entrar con gozo en los pastos eternos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

988. El celebrante pone incienso en el incensario e inciensa la cátedra o la sede. Luego se dirige a la cátedra o la sede, donde es incensado por el ministro, mientras se entona un canto adecuado.

989. La Misa continúa como de costumbre, omitiendo el acto penitencial.

B. En una celebración de la Palabra de Dios

990. Si la bendición de la cátedra o de la sede se hace en una celebración de la Palabra de Dios, se procederá de la siguiente manera. El celebrante, después del saludo, antes de dirigirse a la sede, exhorta brevemente a los fieles con el fin de disponerlos a la celebración y explicar su significado.

Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Hoy se destina por primera vez esta nueva cátedra (sede) al uso litúrgico. Alabemos, queridos hermanos, a nuestro Dios y Señor, que se digna hacerse presente en sus ministros, dedicados a las funciones sagradas, para enseñar, dirigir y santificar a los fieles, y pidámosle que haga cada vez más dignos a los que ejercen tan santo ministerio.

Oración de bendición

991. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Alabamos tu Nombre, Señor, unidos en una sola voz, y te suplicamos humildemente a ti, que viniste como buen Pastor para reunir en un solo redil a tu rebaño disperso, por medio de aquellos que tú has elegido como cooperadores en la propagación de la verdad. Apacienta a tus fieles y llévalos por el camino de la santidad, y así, pastores y ovejas podrán un día entrar con gozo en los pastos eternos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

992. El celebrante pone incienso en el incensario e incienso la cátedra o la sede. Luego se dirige a ella y allí es incensado por el ministro, mientras se entona un canto adecuado.

Lectura de la Palabra de Dios

993. Después de la incensación del celebrante, se leen algunos textos adecuados de la Sagrada Escritura, seguidos oportunamente de un salmo responsorial o de un sagrado silencio meditativo. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas. *Lc 4, 16-22a: Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en Jesús*

Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor.»

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles:

—«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.»

Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios.

Palabra del Señor.

994. Pueden también leerse: Ne 8, 1-4a. 5-6. 8-10; Is 40, 9-11; Hch 10, 34-38; Hch 13, 15-32.

995. Salmo responsorial: Sal 118 (119), 129. 130. 133. 135. 144 (R.: 105)

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor.

Tus preceptos son admirables,
por eso los guarda mi alma; **R.**

la explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes. **R.**

Asegura mis pasos con tu promesa,
que ninguna maldad me domine. **R.**

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
enséñame tus leyes. **R.**

La justicia de tus preceptos es eterna,
dame inteligencia, y tendré vida **R.**

996. O bien: Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida. (cf. Jn 6, 63c)

997. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo, en representación del cual ejercen su función los ministros sagrados.

Preces

998. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Nuestro Señor Jesucristo de tal manera ama a la Iglesia que ha querido por medio de sus ministros y pastores que sea adoctrinada por la palabra divina y alimentada por los santos sacramentos. Por todo esto, lo alabamos, diciendo:

R. Te damos gracias, Señor.

Bendito seas, Señor, que, por medio de los maestros de la fe, continuas enseñándonos tu Evangelio. **R.**

Bendito seas, Señor, que, por medio de los pastores que tú has elegido, nos das sin cesar el alimento espiritual, a nosotros, ovejas de tu rebaño.
R.

Bendito seas, Señor, que, por medio de tus pregoneros, nos llamas y nos invitas a cantar las alabanzas del Padre. **R.**

Oración de bendición

999. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

Señor Jesucristo, que enseñaste a los pastores de tu Iglesia a servir a los hermanos y no a ser servidos, te pedimos que hagas con tu gracia que todos los que vengan a esta cátedra (sede) proclamen siempre tu palabra y administren dignamente tus sacramentos, y así, junto con el pueblo a ellos confiado, te alaben sin cesar en la sede eterna del cielo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión del rito

1000. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1001. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

II. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UN NUEVO AMBÓN

1002. El ambón o lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios debe responder a la dignidad de esta Palabra y ha de recordar a los fieles que la mesa de la Palabra de Dios está siempre dispuesta. Esta bendición sólo puede impartirse cuando se trata de un verdadero ambón, es decir, que no sea un simple atril movable, sino un ambón estable y destacado por su dignidad. Sin embargo, teniendo en cuenta la estructura de cada iglesia, también puede bendecirse un ambón movable, a condición de que sea algo realmente prominente, adecuado a su función y estéticamente elaborado.

1003. Este rito puede unirse a la celebración de la Misa, o también, según las circunstancias, puede emplearse en una celebración de la Palabra de Dios.

A. En la celebración de la Misa

1004. La Misa se celebra en todo como de costumbre, hasta la oración colecta inclusive. En la procesión de entrada, se lleva el evangelario y se deposita sobre el altar. Es de aconsejar que la proclamación de la Palabra de Dios se desarrolle de la siguiente manera: dos lectores, uno de los cuales lleva el leccionario de la Misa, junto con el salmista, se acercan al celebrante.

El celebrante, de pie, toma el leccionario, lo muestra al pueblo y pronuncia estas palabras u otras adecuadas:

Resuene en esta casa la Palabra de Dios, para que conozcáis el misterio de Cristo y se realice vuestra salvación dentro de la Iglesia.

Todos responden:
Amén.

O de otro modo adecuado.

1005. Luego el celebrante entrega el leccionario al primer lector. Los lectores y el salmista se dirigen al ambón, llevando el leccionario, de modo que todos puedan verlo.

1006. Las lecturas se toman de la Misa del día, o bien, pueden seleccionarse del modo siguiente: la primera lectura, del libro de Nehemías 8, 1-4a. 5-6. 8-10, seguida de Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15, con la respuesta: Tus palabras, Señor, son espíritu y vida; si se proclama una segunda lectura puede escogerse la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 3, 14—4, 5a; en cuanto al Evangelio, es aconsejable proclamar el texto de Lucas 4, 14-22a, anteponiendo la

aclamación No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios, con o sin Aleluya, según el tiempo litúrgico

1007. Después de la segunda lectura, el diácono, o en su defecto un presbítero, toma el evangeliario del altar y, precedido de los ministros con los cirios y el incienso, lo lleva al ambón.

1008. Después del Evangelio, el celebrante hace la homilía, en la cual explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo en la Palabra de Dios.

1009. Luego la Misa continúa en la forma acostumbrada; si se juzga oportuno, se añade el Credo, de modo que los fieles se den cuenta de que hay que responder con la fe a Dios que les habla.

B. En una celebración de la Palabra de Dios

1010. Si la bendición del ambón se hace en una celebración de la Palabra de Dios, se procederá del modo siguiente: el celebrante, después del saludo, exhorta brevemente a los fieles con el fin de disponerlos a la celebración y explicar su significado. Puede hacerlo con estas palabras u otras semejantes:

Nos hemos reunido aquí, hermanos, para inaugurar este ambón y destinarlo al uso sagrado, para que aparezca ante todos como un signo de aquella mesa de la Palabra de Dios que nos ofrece el primer y necesario alimento de nuestra vida cristiana. Prestemos a esta celebración la mayor atención, escuchando con fe a Dios, que nos habla, para que sus palabras sean realmente para nosotros espíritu y vida.

1011. Terminada la monición, el celebrante dice:

Oremos.

Y todos oran durante algún tiempo en silencio. Luego el celebrante continúa, con las manos extendidas:

Oh, Dios, tú nos amas tanto que hasta te dignas hablarnos como amigos; concédenos la gracia del Espíritu Santo, para que, al gozar de la dulzura de tu Palabra, nos llenemos del pleno conocimiento de tu Hijo. Que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Lectura de la Palabra de Dios

1012. Luego se leen algunos textos adecuados de la sagrada Escritura, seguidos oportunamente de un salmo responsorial o de un sagrado silencio meditativo. La lectura del Evangelio ha de ser siempre el acto más relevante.

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de Nehemías. *Ne 8, 1-4a. 5-6. 8-10: Esdras, el escriba, estaba de pie en el púlpito de madera que había hecho para hablar*

En aquellos días, todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la plaza que se abre ante la Puerta del Agua, y pidió a Esdras, el letrado, que trajera el libro de la Ley de Moisés, que Dios había dado a Israel. El sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asamblea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era mediados del mes séptimo. En la plaza de la Puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía, estuvo leyendo el libro a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda la gente seguía con atención la lectura de la Ley. Esdras, el escriba, estaba de pie en el pulpito de madera que había hecho para esta ocasión. Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo —pues se hallaba en un puesto elevado— y, cuando lo abrió; toda la gente se puso en pie. Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió:

—«Amén, amén.»

Después se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de forma que comprendieran la lectura. Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo decían al pueblo entero:

—«Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: No hagáis duelo ni lloréis.» Porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley. Y añadieron:

—«Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza.»

Palabra de Dios.

1013. Pueden también leerse: 2 Tm 3, 14—4, 5a; Lc 4, 16-22a.

1014. Salmos responsoriales: Sal 18B (19B), 8-9. 10. 15 (R.: cf. Jn 63c)

R. Tus palabras, Señor, son espíritu y vida.

La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante. **R.**

Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón;
la norma del Señor es límpida
y da luz a los ojos. **R.**

La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos. **R.**

Que te agraden las palabras de mi boca,
y llegue a tu presencia el meditar de mi corazón,
Señor, roca mía, redentor mío. **R.**

1015. O bien: Sal 118 (119), 129. 130. 133. 135. 144

R. (105) Lámpara es tu palabra para mis pasos, Señor.

1016. Terminadas las lecturas, el celebrante hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la presencia de Cristo en la Palabra de Dios.

1017. Si se estima oportuno, se puede decir o cantar el Credo.

Preces

1018. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Hermanos, Dios Padre nos ha dado su Palabra hecha carne para que la escuchemos y encontremos en ella el alimento de nuestra fe. Pidamos juntos:

R. La palabra de Cristo habite entre nosotros en toda su riqueza.

Haz, Señor, que los discípulos de Cristo, tu Hijo, sientan hambre intensa de tu palabra y sean en el mundo fieles testigos de ella. **R.**

Concédenos, Señor, que la meditación asidua de tu palabra nos haga fervorosos en la fe y entregados siempre a las buenas obras. **R.**

Aumenta en nosotros, Señor, con la luz de tu palabra, el conocimiento de ti y de nosotros mismos, para que te amemos más y te sirvamos con mayor fidelidad. **R.**

Asiste, Señor, a los ministros de tu palabra, para que crean de corazón y cumplan en su vida lo que proclaman con sus labios. **R.**

Oración de bendición

1019. Luego el celebrante, con las manos extendidas, prosigue:

Oh, Dios, que te has dignado llamar a los hombres a salir de la tiniebla y a entrar en tu luz maravillosa, es justo que te demos gracias, porque nunca dejas de saciarnos con el sabroso alimento de tu Palabra, y porque, siempre que nos reunimos en esta iglesia, nos recuerdas y aclaras las maravillas de tu revelación. Te pedimos, Señor, que en este lugar la voz de tu Hijo llegue siempre a nuestros oídos, y que, dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo, no nos limitemos a escuchar tu Palabra, sino que la llevemos con decisión a la práctica. Que, en este lugar, los que proclaman tu Palabra nos enseñen el camino de la vida, para que nosotros, recorriéndolo valientemente, sigamos a Cristo, el Señor, y alcancemos la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1020. El celebrante concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Señor os bendiga con todas las bendiciones del cielo y os mantenga siempre santos y puros en su presencia; que él derrame sobre vosotros, con abundancia, las riquezas de su gloria, os instruya con la palabra de la verdad, os oriente con el Evangelio de la salvación y os haga siempre ricos en caridad fraterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1021. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

III. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UN NUEVO SAGRARIO

1022. El sagrario, donde se guarda la Eucaristía, evoca en nosotros la presencia del Señor, presencia que deriva del Sacrificio de la Misa, y nos recuerda también a los hermanos, a los que debe unirnos el amor de Cristo. La Iglesia, en efecto, en la administración de los misterios que Cristo, el Señor, le confió, originariamente reservó la Eucaristía para atender a los enfermos y moribundos. Este Alimento celestial, reservado en los sagrarios de las iglesias, se convirtió luego en objeto de adoración.

1023. El rito de esta bendición va unido a la celebración de la Misa.

En ella, es conveniente elegir, observando las debidas normas, las lecturas y oraciones de las Misas de la Sagrada Eucaristía (16). En la homilía, después de la explicación de la Palabra de Dios, se ilustrará siempre de algún modo a los fieles sobre el significado de este rito.

1024. Hecha la oración universal, el celebrante, situado cerca del sagrario que se va a bendecir, vuelto hacia la asamblea, invita a los fieles a la oración, diciendo:

Oremos.

Y, según las circunstancias, todos oran durante algún tiempo en silencio.

Luego dice la oración de bendición, con las manos extendidas:

Señor, Padre santo, que has dado a los hombres el verdadero Pan del cielo, dignate bendecirnos a nosotros y a este sagrario, destinado a la reserva del Sacramento del Cuerpo y Sangre de tu Hijo, y haz, con esta bendición, que, al adorar a Cristo aquí presente, nos unamos constantemente a su misterio de redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

1025. Luego el celebrante pone incienso e incienso el sagrario.

1026. La Misa continúa como de costumbre, pero, después de la comunión de los fieles, se deja sobre la mesa del altar la píxide con el Santísimo Sacramento.

Dicha la Oración después de la comunión, habida cuenta de las circunstancias del lugar y de la celebración, puede organizarse, del modo acostumbrado, una procesión a través de la iglesia hacia la capilla o lugar donde se halla el sagrario que se ha bendecido.

Mientras avanza la procesión, se canta la antífona:

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Con el salmo 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9, o un canto apropiado, por ejemplo, Salve, Cuerpo verdadero, nacido de María Virgen, u otro adecuado.

Salmo 33 (34), 2-3. 4-5. 6-7. 8-9

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias. **R.**

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias. **R.**

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él. **R.**

1027. Cuando la procesión ha llegado al sagrario, el celebrante introduce la píxide, dejando abierta la puerta. Pone incienso e incienso de rodillas el Santísimo Sacramento Después de un tiempo prudencial, en el que todos oran en silencio, se cierra la puerta del sagrario.

1028. Entonces, si puede hacerse cómodamente, el diácono, si lo hay, o el mismo celebrante, hace, según las circunstancias, la invitación, con estas palabras u otras semejantes:

Inclinaos para recibir la bendición.

El celebrante, con las manos extendidas sobre el pueblo, lo bendice, diciendo:

Dios omnipotente y misericordioso, cuyo Hijo fue su templo verdadero y vivo en la Tierra, por el misterio de su muerte y resurrección, que adoráis, os bendiga y santifique.

R. Amén.

Cristo, que subió al cielo de manera visible, para prepararos sitio en la casa del Padre, y que está aquí presente, en el Sacramento, de manera invisible, para perpetuar la eficacia de su sacrificio, os dé siempre ayuda y fortaleza.

R. Amén.

Que nuestro Señor, presente en la Eucaristía, cuando vengáis aquí a meditar la obra de salvación, se convierta para todos vosotros en fuente inagotable de agua para la vida eterna.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1029. O bien, orando sobre el pueblo, el celebrante dice:

Concede a tus fieles, Señor, un aumento constante de fe y de gracia, para que, meditando asiduamente el amor de tu Hijo, que permanece entre nosotros, frecuentemos con provecho el memorial de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Después de la oración, añade:

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

1030. Si no hay procesión, dicha la oración después de la comunión, se deposita la píxide en el sagrario, cuya puerta permanece abierta. El celebrante pone incienso e inciensa de rodillas el Santísimo Sacramento.

1031. Finalmente, después de un tiempo prudencial, en el que todos oran en silencio, el celebrante cierra la puerta del sagrario y bendice al pueblo, empleando una de las fórmulas indicadas en los núms. 1028-1029.

1032. El diácono, si lo hay, o el mismo celebrante, despide al pueblo en la forma acostumbrada.

IV. BENDICIÓN CON OCASIÓN DE LA INAUGURACIÓN DE UNA NUEVA SEDE PARA LA CELEBRACIÓN DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

1033. La sede para la celebración del sacramento de la penitencia, situada en la iglesia, expresa de un modo patente que la confesión y absolución de los pecados es una acción litúrgica que pertenece al Cuerpo de la Iglesia, y que está ordenada a una renovada participación de los hermanos en el Sacrificio de Cristo y de la Iglesia.

1034. El rito de esta bendición nunca se ha de unir a la celebración de la Misa; en cambio, resulta oportuno unirlo a una celebración penitencial.

Ritos iniciales

1035. Reunido el pueblo, se canta, según las circunstancias, un salmo, una antífona u otro canto adecuado.

1036. Terminado el canto, el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos se santiguan y responden:
Amén.

1037. Luego el sacerdote saluda a los presentes, diciendo:

La gracia, la misericordia y la paz de Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, que es la remisión de todos los pecados, estén con todos vosotros.

U otras palabras adecuadas, tomadas preferentemente de la Sagrada Escritura, o del Ritual de la Penitencia, núms. 106-110.

Todos responden:
Y con tu espíritu.

O de otro modo adecuado.

1038. Luego el sacerdote, con una breve monición, instruye a los presentes sobre el significado del rito, lo que puede hacer con estas palabras u otras semejantes:

Este rito de bendición, en el que participamos con fe, nos recuerda en primer lugar que hemos de estar vivamente agradecidos a Dios, que manifiesta especialmente su poder con el perdón y la misericordia. A esta sede penitencial, en efecto, nos acercamos como pecadores y volvemos de ella justificados, gracias al ministerio de reconciliación que Cristo Jesús ha otorgado a su Iglesia. Él nos conceda que todos los que se sienten agobiados por el peso de sus pecados hallen en esta sede la liberación, y que todos los que están manchados por el barro de este mundo salgan de aquí blanqueados en la Sangre del Cordero.

Lectura de la Palabra de Dios

1039. Entonces empieza la Celebración de la Palabra. El lector, uno de los presentes o el mismo sacerdote, lee uno o varios textos de la Sagrada Escritura, elegidos entre los que propone el leccionario del Ritual de la Penitencia (17), o entre los que se proponen a continuación:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo. *Mt 9, 1-8: ¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados*

En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. Le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

—«¡Ánimo, hijo!, tus pecados están perdonados.»

Algunos de los letrados se dijeron:

—«Éste blasfema.»

Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo:

—«¿Por qué pensáis mal? ¿Qué es más fácil decir: "tus pecados están perdonados", o decir "levántate y anda"? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.»

Dijo dirigiéndose al paralítico:

—«Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa.»

Se puso en pie, y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Palabra del Señor.

1040. Pueden también leerse: 2 S 12, 1-9. 13; Ez 18, 20-32; Rm 5, 6-11; 2 Co 5, 17-21; Lc 7, 36-50; Jn 8, 1-11.

1041. Según las circunstancias, se puede decir o cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado.

Salmo responsorial Sal 129 (130), 1-2. 3-4. 5-6b. 6c-8 (R.: 7bc)

R. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa.

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica. **R.**

Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto. **R.**

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora. **R.**

Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel
de todos sus delitos. **R.**

1042. O bien: Sal 31 (32), 1-2. 3-4. 5. 6-7

R. (5c) Confesaré al Señor mi culpa.

Sal 50 (51), 3-4. 5-6. 7-8. 9-10. 11-12

R. (14a) Devuélveme la alegría de tu salvación.

1043. Terminadas las lecturas, el sacerdote hace la homilía. En ella explica las lecturas bíblicas y la importancia eclesial del sacramento de la penitencia.

Preces

1044. Luego se hace la plegaria común. Entre las invocaciones que aquí se proponen, el celebrante puede seleccionar las que le parezcan más adecuadas o añadir otras más directamente relacionadas con las circunstancias del momento.

Demos gracias, hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, que, por la muerte y resurrección de su Hijo y con la fuerza del Espíritu Santo nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha concedido el perdón de todos los pecados:

R. Te damos gracias, Señor.

Bendito seas, Señor, que entregaste a tu Hijo por nuestros pecados, para que nos arrancara de las tinieblas del pecado y nos introdujera en la luz y la paz de tu reino. **R.**

Bendito seas, Señor, que, por el Espíritu Santo, purificas nuestra conciencia de las obras muertas. **R.**

Bendito seas, Señor, que has dado a la Iglesia santa las llaves del reino de los cielos, para que las puertas de tu misericordia queden abiertas para todos. **R.**

Bendito seas, Señor, que en el ministerio de la reconciliación obras siempre cosas grandes y maravillosas, dándonos ahora el perdón y más tarde la vida eterna. **R.**

1045. Luego el celebrante prosigue, con las manos extendidas:

En verdad es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar, Dios todopoderoso y eterno, que corriges con justicia y perdonas con clemencia. Pero siempre te muestras misericordioso, porque, cuando castigas, lo haces para que no perezcamos eternamente y, cuando perdonas, nos das ocasión para corregirnos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Conclusión del rito

1046. El sacerdote concluye el rito, diciendo, con las manos extendidas sobre los fieles:

El Padre nos bendiga, pues nos llamó a ser sus hijos adoptivos.

R. Amén.

El Hijo nos auxilie, pues nos recibió como hermanos.

R. Amén.

El Espíritu Santo nos fortalezca, pues hizo de nosotros su templo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros.

R. Amén.

1047. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.